

V

Pienso conmigo mismo, y me digo:

—¡Qué distancia tan grande la que media de diez y nueve á veinticinco años!

Entónces, donde quiera que fuese era yo el más jóven, puesto que los más jóvenes que yo, no mostraban aún su imberbe rostro entre los hombres, y no me hallaba jamás en parte alguna donde no pudiera afirmar que todos me envidiaban algo: la juventud, la alegría, ó las esperanzas.

Y ahora, donde quiera que vaya, me veo al lado jóvenes que me miran y me hablan con la respetuosa reserva usada para con los hermanos mayores. Y al discurrir con ellos, me penetro al punto que necesito esforzarme para dar á mi conversacion cierto aire de alegría que corresponda á la suya, y no me sé dar reposo, y los miro y me pregunto:

—¿De dónde salieron éstos?

Días pasados bromeando con un amigo, padre

de una niña de seis años, le dije, contemplando la belleza de la chiquilla:—¡Hombre, quién sabe si... Y al punto respondió la chicuela:—No, no señor, usted es muy viejo.

Callé, conté por los dedos, y repuse:

—¡Es cierto! Antes, á los diez y nueve año, de todas las niñas bonitas de seis años, pensaba yo: será mi mujer; tengo poco que esperar. La generacion que adelantaba pisándome los talones, todavía me pertenecía por completo, es decir, me pertenecía virtualmente, ó lo que es lo mismo, podía pertenecerme; y ahora... ¡Ah, estoy demasiado delantero en el camino de mi vida para que me pertenezca ó pueda pertenecerme sino una pequeñísima parte!

¿Y el porvenir?—¡Oh, entónces se me aparecía aunque vago é indeterminado, brillante y poético! miéntras que hoy, ya se ha delineado, se ha coloreado, está próximo á terminarse en forma correcta y acabada, sin que nada reste por distinguirse y dibujarse; adivino ya qué puede ser este porvenir; en tanto que ántes no pensaba sino con su ideal, y noto con claridad trazado mi camino, la meta fijada, y ¡adios maravillas, adios esperanzas, adios ilusiones!

¿Y los hombres? ¡Dios de Dios! Yo que nunca fuí inclinado á desconfiar, ni á ver el triunfo del mal sobre el bien en las cosas de la vida; yo que en el reducido círculo en que viví siempre, tuve

la fortuna de no sufrir desencantos bajo este punto de vista; yo que siempre he censurado á mis compañeros pesimistas porque reían de mi adoración al género humano, y que me incomodaba cuando me emplazaban para mi cambio de ideas, diciéndome: «Espera, que ya te llegará la hora en que los desengaños te hagan borrar ese optimismo»... ¡ay de mí! dos ó tres ejemplos de tal desengaño, me bastaron para perder aquella credulidad propia de los diez y nueve años, aquellas amistades puras y sinceras, aquellos entusiasmos hácia todo lo grande, hombres ó cosas... y me pregunto todavía en muchas ocasiones como rebelándome contra la impura realidad:—¡Pero, será verdad, cielo santo! y la duda, ya que no la certidumbre hace que me trague las palabras afectuosas y los sentimientos apasionados que en otro tiempo, mal de mi grado, brotaban de mis labios.

Muchos libros que me hicieron derramar lágrimas, no me conmueven lo más mínimo ahora. Rarísima vez me tiembla la voz cuando leo versos en voz alta para mí. No río con aquella risa franca y sonora, que hacia resonar los más apartados cuartos de mi casa. Y cuando me miro al espejo... ¿es ilusión ó realidad? encuentro un algo en los ojos, en el conjunto, en la expresión, que no tenía ciertamente á los diez y nueve años, que no noto en los demás, pero que clara-

mente advierto en mi semblante y exclamo con Leopardi:—*A los vinticinco años principia á declinar la flor de la juventud.*

¿Pero cómo? ¿Yo declino? ¿Estoy en la pendiente de la vida? ¿Tanto anduve?

¡Ah, sí! De la escuela militar de Módena han salido otros mil oficiales más jóvenes que yo. Los escucho á mis espaldas murmurar, casi pisarme, y siento que me gritan empujándome:—¡Adelante!—Mas es una cosa que espanta. Esperad; dejadme un minuto de respiro; paraos un poco; ¿qué necesidad hay de devorar la vida? Quiero ahora estar aquí, inmóvil, tieso como una columna; atrás...—pero el piso está pendiente y se resbala uno y va deslizándose á su pesar sin hallar donde agarrarse; compañeros, amigos de diez y nueve años, venid, estrechémonos, aferrémonos los unos á los otros, no nos dejemos arrastrar, resistamos...

¡Ah! ¡Falta el terreno á mis plantas! ¡Mal-dicion!

VII.

¡Bah! ¡Son negros espectros de días tristes y lluviosos!

Despunta el sol. El alma se serena.

¡Al breve descorazonamiento sucede un estado de ánimo, en el cual me parece cobarde y loca la desanimación causada por turbaciones inverosímiles! ¡Bah! ¡Quién llora la pérdida de la alegría irreflexiva de la juventud; quién se lamenta por esos desahogos de amargo despecho contra las leyes de la naturaleza...; me avergüenzo de mí mismo! Sacudamos estas sensiblerías; aferrémonos á la fe, á las esperanzas, á los propósitos, á los proyectos no realizados, á la idea de mis trabajos... manos á la obra con resolución, con altanería, con regocijo.

Y en estos momentos me siento capaz de esperar tranquilo y contento los treinta años, los desengaños, las desilusiones, las canas, los dolores, los achaques, la vejez, mirando fijo en el porvenir lejano con los ojos de la inteligencia, un punto luminoso que se agranda á medida que avanzo.

Y marchó adelante con valor, diciendo *no* á un grupo de gente embriagada y clamorosa que me invita á ir con ellos. Y á un tropel de jóvenes melancólicos que exclaman á mi paso, «¡quizás no es verdad!» contesto *no* igualmente, sin quitar la vista de aquel punto luminoso. A otro peloton de hombres graves y soberbios, que señalando libros y escritos, aventuran la frase «¡es un sueño!» les respondo, *¡no!* con voz que me sale de lo más profundo de la conciencia...

¡Ah! En estos momentos de seguridad y convicción, que se me venga á asegurar que no hay ideal, que voy envejeciendo y que he de morir. ¿Y qué?

Trabajo, creo, y espero: ¡basta!

VIII.

Lo propio ocurre con la mayor parte de mis antiguos camaradas.

Los semblantes se han hecho más serios, ó como quiere Leopardi que se diga: más tristes. A la par de los rostros se han hecho serios los espíritus.

Dije los cambios que me dolieran. Pero callé las mudanzas que me confortaron.

Encuentro por ejemplo camaradas de aquellos más locos é impremeditados que hablan de patria, de trabajo, de deberes que es menester cumplir, de futuro que es preciso preparar, y me causan admiracion sus argumentos.

Grande revolucion operóse en los ánimos, acaso en virtud de los acontecimientos sucedidos en la patria durante los últimos años. La secreta ambicion, los cuidados de la familia, el hastío de la vida disipada, la definida pasion por el estudio nacida tal vez de repente en el aburrimiento del ocio propio de la guarnicion en un

destacamento, determinaron en unos ó en otros, los vagos pensamientos, recomponiendo fuerzas perdidas ántes, al parecer, para la nacion. De ellas nació el hábito de la reflexion, encaminando la mente á graves problemas de la vida, señalando á cada cual la senda que debe recorrer, y no dejando tiempo para llorar lastimeramente el pasado.

Hemos entrado en la segunda juventud, con algunos desengaños á la espalda, con un poco de experiencia, y un mucho de persuasion acerca de que la felicidad—lo poco que de ella se puede gozar aquí abajo—no se obtiene tempestuosamente á fuerza de gritar «quiero,» sino que se consigue arrancándola poco á poco de lo más íntimo del alma mediante larga constancia de operosa quietud aunque parezca paradoja.

¡A las espléndidas visiones sucedieron las modestas esperanzas, á los grandes designios los claros propósitos, á las imágenes fulgurantes de la guerra, diosa que promete gloria y embriaguez, la imagen de la madre Italia, la cual no promete,—y nos basta,—sino el altivo consuelo de haberla amado y servido!

IX.

Y nuestro ánimo ha salido más fuerte del dolor de la guerra perdida.

Me parece ver llegar el día en el cual de un extremo á otro del país, se repita el terrible grito: —¡Ya vienen!— y nosotros saltando en pié rápidamente contestaremos:—¡Los esperamos!

Entónces, por las calles de nuestras ciudades llenas de pueblo, de soldados, de caballos y carros, al son del nombre de Italia, en medio del estrépito de las armas y los toques de las trompetas, mis doscientos compañeros volverán á verse, los volveré á ver, muchos se verán solo por una hora, algunos quizá por un momento, por la noche, en cualquiera grande estacion de ferrocarril, á la luz de las linternas; nos veremos, nos reconoceremos, nos saludaremos en silencio, nos apretaremos la mano fuertemente y nos miraremos fijos cara á cara un instante.

No más gritos, no más canciones, no más clamorosa alegría, no más sueños de marchas triun-

fales, no más aquel saludo de intimidad y ligero, «hasta la vista»—con el cual se vela la imágen de la muerte y se alimenta más bien la esperanza que el valor:—«adios,» diremos, ya que el *adios* será promesa recíproca, pacto tácito, voto solemne que querrá decir: «Esta vez no se *debe* volver á bajar la pendiente de la montaña, una vez ganada la cumbre; yo permaneceré en la cresta, y tú tambien: allí se *debe* morir y moriremos ántes que descender!»

Y á menudo, discurriendo largo espacio de tiempo, fantaseo lejanos campos de batalla, en los cuales se juega la suerte de Italia. Vuelo con el pensamiento, de valle en valle, de colina en colina, y en todos los pasos más difíciles, en todos los puntos más peligrosos, me figuro á un amigo de colegio con la cabeza blanca ya, coronel ó general, al frente de su regimiento ó de su brigada; y me complazco en figurármelo en el instante en que asaltado por fuerza enemiga, dirige la resistencia.

Ambas partes contendientes se hallan encarnizadas, y dudosa se presenta la victoria. Él desde la cima del monte vigila y dirige los movimientos en el fondo de la cuenca donde entrambos ejércitos se despedazan, acudiendo solícito á todo y á todos...

¡Pobre amigo, en aquel minuto se decide de su vida, y lo que es más aún, de su honor!

Treinta años de estudio, de sacrificios, de esperanzas, están para ser coronados de gloria, ó perdidos como puñado de polvo lanzado al viento desde aquella cima donde preside su suerte y la suerte acaso de la patria!... Todo depende de... nada. Mira inmóvil, pálido y arde en sus pupilas todo el fuego de su alma. ¡El sable le tiembla en la mano convulsa! Yo estoy á su lado, y recojo todos sus sentimientos, todas sus impresiones, sus sensaciones todas, y me estremezco con él involuntariamente: vivo dentro de su espíritu!

—¡Ánimo, amigo! No te turbes, que has sabido infundir en tus soldados tu valor, tu generosidad y tu nobleza. Aquel movimiento incierto que ves allí abajo en el ala derecha, no es sino un desórden momentáneo producido por la desigualdad del terreno; no retroceden, no; ¡escucha! los gritos resuenan más agudos, los tiros y los golpes son más rápidos; el último batallón ha entrado ya en fuego, todos tus soldados combaten con ardor!... ¡Ah, ahora sí que brillan tus ojos, bravo, cómo recorren tus pupilas toda la línea!... ¿Eh? ¡Qué palido se pone, hé aquí llegado el instante supremo!... ¿Qué gritos son estos? ¿Qué significa esa llama que ilumina tu rostro? ¿Qué sonrisa es esa?... ¡Ah, qué mirada al cielo tan expresiva! ¡Oh, sí, han vencido, vencieron, bravo!

—Pero, oye, mira, pára tu caballo, por Dios,

antes de partir; detente un segundo, que soy yo, tu amigo, tu camarada de colegio... ¡Venga, bueno, un abrazo, un abrazo no más y vuela ahora con tus soldados, con tus héroes, que Dios te acompañe!

Lanzó su caballo á escape; ¡ya llegó al fondo del valle; ya desapareció!... ¡Ah, con qué desahogo respiro, qué peso me quité de encima!

¡Y quién sabe cuántos de mis compañeros se encontrarán en un día, en una hora de su vida, en aquel momento supremo! ¡Quién sabe cuántos no ilustrarán su nombre con algun señalado servicio prestado á la nación, llegando á ser sus nombres queridos al pueblo; y que yo mismo los vea pasear por la calle mayor de alguna ciudad italiana, vestidos de gran uniforme, de general, jinetes en magnífico caballo blanco, cubierto de flores que le arrojarán las damas desde los balcones, por entre dos apiñadas filas de gente del pueblo que lo victorea!...

¡Quién sabe, en cambio, si tendré que ir á llamar á la puerta de alguno de ellos y echarle los brazos al cuello apenas aparezca, encontrándolo pálido, envejecido, como si hubieran trascurrido en pocos meses muchos años! ¡Quién sabe, si no iré en su busca para confortarlo en su desconsuelo, para afirmarle que la sentencia del país que sobre él pesa fué injusta, que son escasísimos en número aquellos sobre cuyas cabezas no

cae toda la culpa de un desastre ; y que día llegará en que se calmen las pasiones y se otorguen honores á las víctimas de las condenas populares precipitadas ; que su nombre todavía se respeta y se estima ; que espere , que no se abata , que se anime y que tenga confianza en la justicia de la Providencia, y en la justicia de los hombres, á la larga!!!

Cuando pienso en las duras pruebas que muchos de ellos tendrán que soportar durante la existencia ; en los bienes que podrán derramar sobre el país ; en el inestimable precio á que deberán pagar su gloria ; cuando pienso en estas cosas, yo, que dejé el ejército, siento que por no quedarme atrás, cesando de pagar mi deuda de gratitud á la patria, debería trabajar sin reposo, pasar las noches en vela sobre los libros, conservar con rigurosa templanza de costumbres mi vigor juvenil, para entregarlo fresco, lozano é íntegro á los trabajos intelectuales ; hacer una vida immaculada para conquistar el derecho de predicar la virtud, y mantener viva y pura esta llama de afecto, de la cual consigo alguna que otra vez infundir una chispa en el ánimo de los demás ; estudiar al pueblo, á los niños, á los pobres, á fin de escribir para ellos ; no dejar escapar nunca de mi pluma una palabra innoble ; sacrificar todos mis caprichos y mis gustos al bien comun ; no desanimarme jamás por las contra-

riedades ; no ambicionar las alabanzas ; no desear, no esperar nada, á no ser el día en el cual me pudiese decir á mí mismo : He hecho cuanto podía ; no fuí enteramente inútil en la vida : ¡esto me basta !

X.

¡Qué idea me cruza por la cabeza, ahora precisamente cuando estoy para acabar!

Quisiera tener aquí á mi lado á un jovencuelo de diez y siete años, de índole buena y de buenas costumbres, pero de escasa experiencia de lo que es el corazón humano, para decirle amistosamente, poniéndole la mano en el hombro:

—¿Quiéres procurarte desde ahora para siempre la manera de hallar paz y tranquilidad en el porvenir?

Pues bien; trata á tus amigos con los mismos miramientos que guardarías á una dama; porque, créelo, no hay palabra amarga, acto descortés ó frase dura pronunciada ó ejecutada con cualquiera de ellos (aunque sea disculpable, aunque se olvide despues por largo tiempo), que no vuelva á la memoria un día, el ménos pensado, y que no nos duela y nos perturbe.

Despues de muchos años, recordando á mis amigos alejados de mí, me acuerdo de cierta co-

lision habida entre uno de ellos y yo; de algun dicterio que cambié con otro; del propósito formal mantenido por varios meses de no hablar con un tercero—tonterías;—pero que ¡cuánto me alegraría de no tener que echarme en cara el haberlas verificado!

Y aunque estoy seguro de que no dejaron huellas en ninguno, igualmente que en mí mismo no las dejaron, me pesan tales acciones y tales palabras, y ¡ojalá que nunca las pronunciara ó las verificara! Cuando se llega á aquella edad donde empieza á aparecer próximo el término de la juventud y se piensa en los años trascurridos tan presto, y en los que trascurrirán más presto aún; cuando se reflexiona en el poquísimo bien que se ha hecho, en la poquísima cantidad de bien que nos queda por realizar, nos parece una cosa tan mezquina, risible y despreciable aquel sentimiento de orgullo empleado con los antiguos camaradas, que, si pudiésemos, volveríamos con gusto atrás, con objeto de emprender de nuevo todas las discusiones, todas las disputas, para conversar con nuestros amigos, exponiendo los argumentos en el tono de voz más suave posible, y para alargar la mano en señal de paz ó de reconciliacion, si no conseguíamos convencerlos, dándonos nosotros, con placer, por convencidos; con el fin, por último, de borrar el recuerdo de todas las veces que contestamos á los razonamientos

de aquéllos encogiéndonos de hombros... ¡Ah!
¡Cuánto daríamos por buscar en esta edad á todos los compañeros á quienes ofendimos! y mirándolos frente á frente, decirles:

—Aquí no ha pasado nada, se acabó, ¿no es verdad?

XI.

¡Caros amigos!

Aunque no fuese más que porque ví con vosotros por vez primera toda la patria,—¿cómo podría mi pensamiento dejar de dirigirse siempre hácia vosotros y dejar de amaros mi corazón?

Cuando ví desde el buque blanquear á lo léjos la inmensa curva del golfo de Nápoles, y reí, y crucé con ímpetu mis manos, y pensé en mi madre, y exclamé: ¡Es un sueño!—Cuando desde las alturas del monte del Noviciado abracé por vez primera con una sola mirada la ciudad de Mesina, el estrecho, los Apeninos, el cabo Spartivento, y dije para mí, con sentimiento de casi tristeza: ¡Aquí acaba la Italia!—Cuando sobre la cresta de Monte Croce ví más allá de la vasta campiña rebosar regimientos austriacos, y las torres de Verona, y extendí los brazos en un arranque de alegría, gritando y como si temiese que huyeran: ¡Esperad!—Cuando contemplé desde las orillas de Fusina la ciudad de Venecia

lejana, azulada, fantástica, y exclamé con lágrimas en los ojos: ¡Divina!—Cuando surgió Roma ante mi vista tras las alturas de Monterotondo, circundada por el humo de nuestras baterías, y prorumpí en un arrebato de entusiasmo: ¡Es nuestra!—Siempre tuve á mi lado á uno de vosotros, queridos amigos, presa de mi misma emoción, y siempre aferrándonos el brazo uno á otro en los ataques, acordados, nos decíamos: ¡Cuán bella es nuestra Italia!—Siempre alguno de vosotros compartió conmigo las lágrimas, las risas, los versos. No hay punto en Italia, ni caso alegre, ni conmoción profunda que yo no recuerde sin sentir á mi lado el ruido de un sable y una voz que dice: ¡Aquí estoy!—sin que me parezca que me aprieta la mano uno de vosotros; sin que me pregunte á cada paso dónde se encuentra éste uno, y qué hace, y qué piensa, y sin que él también se acuerde de los bellos días que pasamos juntos!

¡Oh! podré hallar en la vida otros muchos amigos íntimos, fieles, generosos, cuyas imágenes me visitan á cada instante; pero de este tropel, sobre aquellas cabezas, veré constantemente ondear vuestros penachos, brillar el número de vuestros képis, y me lanzaré corriendo á vuestro encuentro, diciéndoos:

—¡Hablemos de nuestro colegio, de nuestros viajes, de guerra, de soldados, de Italia!

XII.

Gran número de nosotros llegará ciertamente á ver el siglo xx.

¡Extraña idea! Comprendo perfectamente cómo se pasará del 1900 al 1901, de igual modo que se habrá pasado del 99 al 100, y como se pasa del presente año al año venidero.

Y, sin embargo, me parece que al despuntar el alba del primer día del nuevo siglo, deberá experimentarse sensación análoga á la del que llegado al pico de alta montaña descubre á su vista nuevas tierras y nuevos horizontes.

Paréceme que aquella mañana se revelará algo imprevisto y maravilloso; que se apoderará de nosotros un sentimiento de casi pavora al encontrar tanto delante de nosotros; que creeremos haber sido lanzados por arcana fuerza de una á otra orilla de desmesurado abismo. ¡Fantasías!

Presiento perfectamente lo que seremos nosotros en aquellos años; no sólo lo presiento: lo veo.

Veo una sala con su chimenea en un lado, ó mejor, muchas salas con muchas chimeneas, y muchos ancianos delante del fuego, sentados en sus sillones y con la barba sobre el pecho. Poco más allá un velador y en él una luz encendida, y alrededor del viejo una corona de chiquillos que podrán ser hijos, ó nietos, ó sobrinos, los cuales en un momento dado señalarán al padre, al tío ó al abuelo, diendo en voz baja: «Duerme;» y reirán candorosamente de la expresion grotesca que habrá tomado nuestro rugoso somblante.

Los chicos luégo querrán escuchar de nuestros labios cuentos de sucesos de épocas lejanas, *remotas*, y nos abrumarán á preguntas.

—Tío, ¿conoció V. al general Garibaldi?

—Papá, ¿viste de cerca alguna vez al Rey Víctor Manuel II?

—Abuelo, ¿oyó V. hablar al conde de Cavour?

—Sí, sí, sí, y tantas veces; ¡ya lo creo!

—Y diga V.: ¿se parecían á los retratos?

—¿Cómo eran?

—¿De qué manera hablaban?

Y nosotros charlaremos de todo y de todos, recordando, y contando, y describiendo, animándose poco á poco nuestra voz, inflamándose con las pasadas memorias nuestros espíritus, enrojeciéndose nuestras mejillas, y gozaremos al ver que se interesan en el relato aquellas criaturitas, y que se iluminan sus puras frentes, y que siguen

sin pestañear nuestros gestos, y oyen con los labios entreabiertos nuestras palabras, y al comprender que vamos á terminar la narracion, ya se prepararán impacientes á gritar:

—Siga V., siga V.; ¡más, más!

¿Qué se habrá operado en aquel entónces sobre la haz de la tierra? ¿Será Rey de Italia Víctor Manuel III? ¿Estarán los cazadores en Trento? ¿Gobernará Túnez algun amigo nuestro empleado hoy en el ministerio de la Gobernacion? ¿Habrá pasado Francia por otra serie de imperios, repúblicas, *commune* y reinos? ¿Se habrá verificado la amenazante invasion de los pueblos del Norte? ¿Inglaterra sufrirá tambien á su vez su derrota? ¿Habremos experimentado hasta nosotros mismos un poco de *Canton*? ¿Habrá aparecido un gran poeta? ¿Se habrá reformado la Iglesia? ¿Se habrá reconstruido Roma? ¿Existirán todavía ejércitos? ¿Qué seremos nosotros á la sazón en nuestro propio país? ¿Cómo habremos vivido?

¡Ah! Cualquier cosa que suceda, cualquiera que sea la suerte que nos espere, si hemos trabajado, si hemos amado y si hemos creído—las tardes que, sentados en un sillón en la azotea de nuestra casa, á los últimos rayos del sol poniente, pensemos en nuestras familias, en nuestros amigos, en los montes, en las colinas, en los Carnavales, en los islotes del mar Tirreno, con que soñábamos en el colegio;—cuando esto pase, nos

perturbará, sí, ciertamente, el pensamiento de tener que abandonar en breve tantas almas queridas y tan bella patria; pero brillará, no obstante, nuestro rostro iluminado por la sonrisa tranquila y serena, que es como el alba de una nueva juventud, y que temple la amargura del *adios* con la tácita promesa de: «¡Adios, sí, pero no para siempre!»



CARMELA.

I.

Lo que voy á contaros sucedió en una isleta, distante 70 leguas de Sicilia. En aquella isleta no hay más que una poblacion que cuenta, unos dos mil habitantes, y donde en la época de mi relato habia de 300 á 400 presidiarios. Tenía, pues, por esta causa un destacamento de cuarenta soldados, que se relevaba de tres en tres meses, mandado por un oficial subalterno. Los soldados disfrutaban allí una vida placidísima, por dos razones: primera, porque fuera de la guardia del cuartel y del presidio, y algun día de ejercicio, nada tenían que hacer; y segunda, porque el vino estaba á cuatro cuartos la azumbre y era muy bueno. No hablo